Jack London

Colmillo Blanco

Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *White Fang*
Traducción de María del Mar Hernández

Primera edición: 2000
Tercera edición: 2015
Tercera reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Juan Manuel Sanz

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2000
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2000, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

PAPEL DE FIBRA CERTIFICADA

ISBN: 978-84-9104-068-2
Depósito legal: M. 14.426-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

Primera parte

11 1. El rastro de la carne
22 2. La loba
36 3. El grito del hambre

Segunda parte

53 1. La batalla de los colmillos
67 2. El cubil
78 3. El cachorro gris
86 4. La pared del mundo
101 5. La ley de la carne

Tercera parte

111 1. Los artífices del fuego
126 2. El cautiverio
138 3. El proscrito
145 4. La senda de los dioses
152 5. El pacto
164 6. El hambre

Cuarta parte

179 1. El enemigo de su especie
193 2. El dios loco

205 3. El reino del odio
213 4. El abrazo de la muerte
228 5. El indomable
236 6. El señor del amor

Quinta parte
257 1. El largo camino
264 2. Las tierras del sur
273 3. Los dominios del dios
287 4. La llamada de la especie
296 5. El lobo adormecido

Primera parte

1. El rastro de la carne

Un oscuro bosque de abetos se extendía a ambos lados de la helada corriente de agua. El viento había desnudado los árboles de su blanca capa de escarcha y parecían apoyarse los unos en los otros, negros y amenazadores, bajo la luz incierta del atardecer. Un profundo silencio reinaba sobre la tierra. La tierra misma estaba desolada, yerma, sin movimiento, tan solitaria y fría que su espíritu no era ni tan siquiera el de la tristeza. Había en ella una insinuación de carcajada, pero de una carcajada más terrible que la de cualquier tristeza; una carcajada sin alegría, como la sonrisa de la esfinge; una carcajada fría como el hielo, partícipe de la severidad de lo inexorable. Era la imperiosa e incomunicable sabiduría de la eternidad riéndose de la futilidad de la vida y del esfuerzo de vivir. Eran las Tierras Vírgenes, la soledad salvaje, el helado corazón de los desolados yermos del Norte.

Sin embargo, había vida; allí fuera, en aquella tierra de desafío. Aguas abajo, sobre el río helado avanzaba con

dificultad una fila de perros de trineo. Sus pelos rizados estaban cubiertos de una fina capa de escarcha; sus respiraciones se helaban en forma de nubecillas de vapor que se congelaban en sus cuerpos formando cristales de escarcha. Arneses de cuero sujetaban a los perros, y unas correas, también de cuero, los unían al trineo que se arrastraba más atrás. El trineo no llevaba cuchillas. Estaba hecho de resistente corteza de abedul y toda su extensión descansaba sobre la nieve. La parte delantera del trineo se levantaba como un pergamino para poder aplastar la superficie ondulante de nieve blanda sin hundirse en ella. Sobre el trineo, perfectamente atada, había una larga y estrecha caja rectangular. También había otras cosas sobre las mantas que cubrían el trineo: un hacha, una cafetera y una sartén; pero lo que ocupaba la gran parte del espacio era la larga y estrecha caja rectangular.

Por delante de los perros, sobre unas grandes raquetas de nieve, caminaba con dificultad un hombre. Y en la parte trasera lo hacía un segundo. Sobre el trineo, en la caja, yacía un tercero –cuyo difícil caminar había cesado definitivamente–, un hombre al que lo salvaje había conquistado y derrotado hasta hacerle imposible luchar más. A las Tierras Vírgenes no les gusta el movimiento. La vida es una ofensa para ellas, pues la vida es movimiento; y el objetivo de las Tierras Vírgenes es siempre destruir el movimiento. Hielan las aguas para impedir que corran hasta el océano, chupan la savia de los árboles hasta que congelan sus esforzados corazones vegetales; pero con quien son más feroces y hostiles es con el hombre, al que acosan y aniquilan hasta que lo someten;

al hombre, que es el más inquieto de los vivos, siempre rebelde contra el dictamen que proclama que todo movimiento debe, al final, desembocar en la quietud.

Pero al frente y en la parte trasera, libres de temor e indomables, caminaban los dos hombres que todavía no habían muerto. Sus cuerpos estaban cubiertos con pieles y cuero. Sus pestañas, mejillas y labios estaban tan cubiertos por los cristales de su propio aliento helado que apenas podían distinguirse sus rostros. Esto les daba la apariencia de máscaras fantasmagóricas, responsables en un mundo de espectros del funeral de algún fantasma. Pero bajo aquella apariencia eran dos hombres que penetraban en una tierra de desolación, escarnio y silencio; insignificantes aventureros abatidos por una aventura colosal, que se compadecían a sí mismos ante la fortaleza de un mundo tan remoto, extraño y sin pulso como los abismos del espacio sideral.

Avanzaban mudos, reservando la energía de sus respiraciones para el trabajo de sus cuerpos. A cada lado se extendía el silencio que los empujaba con su presencia casi tangible. Afectaba a sus mentes de la misma forma que las atmósferas en aguas profundas afectan al cuerpo del buzo. Los aplastaba con el peso de su infinita vastedad y su inalterable condición. Les exprimía las regiones más recónditas de sus mentes, extrayendo, como el zumo de la uva, todos los falsos ardores, exaltaciones e indebidos valores del alma humana, hasta que ellos mismos se sentían finitos y pequeños, motas y partículas diminutas moviéndose gracias a su débil astucia y poca agudeza a través de la obra e interacción de los grandes elementos y de las fuerzas ciegas de la naturaleza.

Pasaron una hora y dos. La pálida luz del corto día sin sol estaba comenzando a diluirse en las tinieblas, cuando de pronto un desmayado y lejano aullido se levantó en el silencio. Se elevó al cielo con raudo ímpetu, hasta que alcanzó su nota más alta, en la que se sostuvo, palpitante y tenso, y después fue extinguiéndose poco a poco. Y aquél habría sido un gemido perdido y profundo de no estar investido de anhelante ferocidad y hambrienta impaciencia. El hombre que iba delante volvió la cabeza hasta que sus ojos se encontraron con los del que iba detrás. Y entonces, por encima de la estrecha caja rectangular, ambos movieron la cabeza significativamente.

Un segundo aullido se elevó, penetrando el silencio con aguda estridencia. Los dos hombres localizaron el sonido; procedía de la parte trasera del trineo, de algún lugar en la extensión de nieve que acababan de atravesar. Un tercer aullido remontó el silencio en respuesta, también en la parte de atrás, aunque algo más a la izquierda del segundo.

–Nos persiguen, Bill –dijo el hombre que iba al frente.

Su voz sonó ronca e irreal y pronunció aquellas palabras haciendo un evidente esfuerzo.

–La carne escasea –respondió su compañero–. No he visto un conejo desde hace días.

A partir de entonces no volvieron a hablar, aunque sus oídos estaban atentos a los aullidos de caza que continuaron detrás de ellos.

Cuando cayó la noche, desviaron a los perros hacia un grupo de abetos al borde del río y montaron un campamento. El ataúd, cerca del fuego, cumplió la función de asiento y de mesa. Los perros lobo, agrupados en la zona

más alejada del fuego, gruñían y reñían entre ellos, pero daban clara muestra de no querer internarse en la oscuridad.

–Me parece, Henry, que se han quedado bastante cerca del campamento –comentó Bill.

Henry, en cuclillas muy cerca del fuego mientras preparaba en un cazo el café con un bloque de hielo, movió la cabeza afirmativamente. No pronunció ni una palabra hasta que estuvo sentado en el ataúd y comenzó a comer.

–Saben dónde están a salvo –dijo–. Antes prefieren comer a ser comidos. Para ser perros, son bastante listos.

Bill sacudió la cabeza.

–Oh, no sé.

Su compañero le miró con curiosidad.

–Es la primera vez que te oigo insinuar que no son listos.

–Henry –dijo el otro, masticando con decisión las judías que estaban comiendo–, ¿no te has dado cuenta de la forma en que han alborotado cuando les daba de comer?

–Han armado más bullicio de lo normal –reconoció Henry.

–¿Cuántos perros hemos traído, Henry?

–Seis.

–Bien, Henry... –Bill se detuvo un instante para que sus palabras adquirieran más significado–. Como te estaba diciendo, Henry, hemos traído seis perros. Cogí seis peces de la bolsa, uno para cada perro, y..., Henry, me faltó un pescado.

–Habrás contado mal.

–Hemos traído seis perros –reiteró el otro sin apasionamiento–. Saqué seis peces. Una Oreja se quedó sin el suyo. Volví luego a la bolsa y le di su pescado.

–Sólo hemos traído seis perros –dijo Henry.

–Henry –continuó Bill–, no te diré que sean todos perros, pero son siete los que han comido pescado.

Henry dejó de comer y, a través del fuego, contó los perros.

–Ahora sólo hay seis –dijo.

–Vi al otro alejarse por la nieve –comentó Bill con fría decisión–. Vi siete.

Su compañero le miró compasivamente y dijo:

–Me voy a poner la mar de contento cuando acabe este viaje.

–¿Qué quieres decir con eso? –preguntó Bill.

–Quiero decir que la carga que llevamos te está trastornando y que estás empezando a ver cosas.

–Ya he pensado en eso –respondió Bill muy serio–. Y aun así, cuando vi que había salido corriendo por la nieve, miré y vi sus huellas. Entonces conté los perros y seguía habiendo seis. Las huellas están ahí en la nieve. ¿No quieres echarles un vistazo? Te las enseñaré.

Henry no contestó, sino que continuó masticando en silencio, hasta que finalizó su colación con una taza de café. Se limpió la boca con la palma de la mano y dijo:

–Entonces, ¿estás pensando que era...

Un aullido largo, terriblemente triste, procedente de alguna parte en la oscuridad, le interrumpió. Se detuvo para escucharlo y luego acabó la frase con un movimiento de su mano en la dirección del aullido.

–… uno de ellos?

Bill afirmó con un movimiento de cabeza.

–Que el diablo me lleve si pensé otra cosa. Tú mismo te diste cuenta del alboroto que armaron los perros.

Aullido tras aullido y aullidos en respuesta convirtieron el silencio en una absoluta confusión. Surgían de todas partes y el miedo traicionaba a los perros, que se amontonaban tan cerca del fuego que el pelo se les chamuscaba con el calor. Bill echó más leña antes de encender su pipa.

–Creo que estarías ya entre sus dientes –dijo Henry.

–Henry… –chupó con aire meditabundo la pipa durante algún tiempo antes de continuar–. Henry, estaba pensando en la maldita suerte que tiene este hombre; es más afortunado de lo que lo seremos tú y yo jamás.

Y, con el dedo pulgar hacia abajo, señaló la caja sobre la que estaban sentados, refiriéndose al tercer hombre.

–Tú y yo, Henry, cuando nos muramos, tendremos mucha suerte si conseguimos cubrirnos con las piedras suficientes como para que los perros no se nos acerquen.

–Pero nosotros no tenemos ni los parientes ni el dinero que tenía él –intervino de nuevo Henry–. El transporte de un cadáver tantas millas es algo que ni tú ni yo podemos permitirnos.

–Lo que me intriga, Henry, es por qué un tipo como éste, que era un lord o algo así en su país, y que jamás tuvo que preocuparse por la comida o por las mantas, ha tenido que acabar en una tierra dejada de la mano de Dios... Eso es exactamente lo que no comprendo.

–Podría haber vivido hasta la vejez si se hubiera quedado en su tierra –afirmó Henry.

Bill abrió la boca para hablar, pero cambió de idea y, en su lugar, señaló hacia el muro de tinieblas que los acechaba por todas partes. No se insinuaba ni la forma más leve

en aquella completa oscuridad; sólo podían contemplarse un par de ojos centelleantes como dos carbones encendidos. Henry indicó con un movimiento de cabeza un segundo par y un tercero. Un círculo de relucientes ojos se había formado alrededor del campamento. Una y otra vez un par de ellos se movía o desaparecía para reaparecer unos instantes después.

La inquietud de los perros fue en aumento y echaron a correr en un súbito ataque de miedo hasta el fuego, encogiéndose y arrastrándose entre las piernas de los hombres. En aquella confusión, uno de los perros fue empujado hasta la hoguera y aulló de dolor y pánico cuando el olor de su propio pelo inundó el aire. Aquella conmoción provocó que el círculo de ojos se agitara durante unos momentos e incluso que se apartara un poco, pero volvieron a sus posiciones cuando los perros guardaron silencio de nuevo.

–Henry, es una maldita desgracia que nos hayamos quedado sin munición.

Bill había terminado de fumar su pipa y ayudaba a su compañero a extender la cama de pieles y mantas sobre las ramas de los abetos que había preparado sobre la nieve antes de cenar. Henry gruñó y comenzó a desabrocharse los mocasines.

–¿Cuántos cartuchos dijiste que te quedaban? –preguntó.

–Tres –fue la respuesta–. Y me gustaría que hubieran sido trescientos. Así podría mostrarles para qué sirven, ¡malditos sean!

Sacudió uno de sus puños con furia contra los relucientes ojos y colocó sus mocasines junto al fuego.

–Y me gustaría también que pasara esta ola de frío –continuó–. Llevamos ya dos semanas con cincuenta grados bajo cero; y también quiero que acabe este viaje, Henry. No me gusta el cariz que está tomando. No me siento bien, no sé..., me gustaría que el viaje hubiera acabado y que tú y yo estuviéramos en el fuerte McGurry jugando al *cribbage*[1]..., eso es lo que me gustaría.

Henry volvió a gruñir y se metió en el improvisado lecho. Cuando ya estaba medio dormido, su compañero le despertó.

–Dime, Henry, ese otro que se metió entre los perros y se comió un pescado, ¿por qué no le atacaron los perros? Eso es lo que me preocupa.

–Te estás preocupando mucho, Bill –fue la soñolienta respuesta–. Nunca te has puesto así. Cállate y duerme, y mañana te sentirás como nuevo. Tienes acidez de estómago; eso es lo que te molesta.

Los dos hombres durmieron, respirando con fuerza, uno al lado del otro, bajo una misma manta. El fuego fue decayendo y el círculo de relucientes ojos se fue estrechando sobre el campamento. Los perros se agrupaban miedosos y gruñían amenazadores cuando un par de ojos se acercaba más de la cuenta. Una vez que los gruñidos se hicieron desesperados, Bill se despertó. Salió del lecho con precaución para no interrumpir el sueño de su compañero y echó más leña al fuego. En cuanto comenzó a

1. Juego de cartas inventado en el siglo XVII por el poeta inglés sir John. El objetivo de este juego es formar combinaciones que tradicionalmente se corresponden con una serie de movimientos en un tablero especial. Aunque es un juego de dos, pueden participar tres e incluso cuatro jugadores. *[N. del T.]*

llamear con renovado vigor, el círculo de ojos volvió a retirarse. De forma despreocupada miró a los amontonados perros. Se frotó los ojos y los contempló con más atención. Entonces se echó sobre las mantas.

–Henry –dijo–. Oh, Henry.

Henry refunfuñó al despertarse y preguntó:

–¿Qué es lo que pasa ahora?

–Nada –fue la respuesta–, sólo que ahora vuelven a ser siete. Acabo de contarlos.

Henry recibió aquella información con un gruñido que se convirtió en un ronquido al volver a caer en un profundo sueño.

Por la mañana fue Henry el que se despertó antes y sacó a su compañero de la cama. La luz del día tardaría todavía tres horas más, aunque ya eran las seis en punto, y en la oscuridad Henry se puso a preparar el desayuno, mientras Bill enrollaba las mantas y disponía el trineo para partir.

–Dime, Henry –preguntó de pronto–, ¿cuántos perros me dijiste que teníamos?

–Seis.

–No –proclamó Bill triunfante.

–¿Siete otra vez? –preguntó Henry.

–No, cinco; uno se ha ido.

–¡Maldita sea! –exclamó Henry dejando la preparación del desayuno para contar los perros.

–Llevas razón, Bill –concluyó–. Gordito se ha ido.

–Pues debió correr como un relámpago cuando se marchó. No pudimos ni verle.

–No tenía escapatoria –dijo Henry–. Lo habrán devorado vivo. Te apuesto a que estaba aullando mientras engullían, ¡esos malditos!

–Siempre fue un perro tonto –dijo Bill.

–Pero ningún perro es tan tonto como para marcharse y suicidarse de esa forma –contempló lo que quedaba del grupo con aire especulativo y repasó los rasgos más sobresalientes de cada animal–. Me apuesto lo que sea a que ninguno de los otros lo haría.

–No los apartarías del fuego ni a palos –reconoció Bill–. De todas formas, pensé que a Gordito le ocurría algo extraño.

Y aquél fue el epitafio de un perro muerto en el sendero de las tierras del Norte; epitafio menos lacónico que el de muchos otros perros y que el de muchos otros hombres.

2. La loba

Una vez terminado el desayuno y amarrado el escaso equipo del campamento en el trineo, los hombres dieron la espalda al fuego y se lanzaron hacia la oscuridad. En seguida comenzaron a levantarse aullidos ferozmente melancólicos, aullidos que eran llamadas cruzadas en la oscuridad de aquella helada desolación. La conversación cesó. La luz del sol apareció a las nueve en punto. Al mediodía el cielo comenzó a teñirse de un color rosado señalando el lugar en el que la redondez de la tierra se interponía entre el sol del meridiano y el mundo del septentrión. Pero aquel tono rosado desapareció rápidamente. Una luz grisácea se mantuvo hasta las tres, momento en el que también se diluyó, y el palio de la noche ártica descendió sobre las solitarias y silenciosas tierras.

Mientras la noche caía, los aullidos de caza a derecha, a izquierda y en la retaguardia se hicieron más cercanos, tan cercanos que más de una vez provocaron que cundiera el

pánico entre los agotados perros, sumiéndolos en efímeros ataques de terror.

Al final de uno de aquellos ataques de miedo, cuando él y Henry habían vuelto a colocar las correas a los perros, Bill dijo:

–Ojalá encuentren caza en otra parte y se vayan y nos dejen en paz.

–Le ponen a uno la carne de gallina –afirmó Henry.

Y no volvieron a conversar hasta que montaron el campamento.

Henry estaba agachado añadiendo un trozo de hielo al cazo en que preparaban las judías cuando se sobresaltó al oír un golpe, una exclamación de Bill y el agudo aullido de uno de los perros. Se irguió a tiempo para observar una forma difusa desapareciendo en la nieve al abrigo de la oscuridad. Luego miró a Bill, que estaba entre los perros, medio triunfante, medio alicaído, en una mano un grueso palo y en la otra la cola y parte del cuerpo de un salmón curado al sol.

–Se llevó la mitad –dijo–, pero yo no me quedé manco. ¿Le oíste cómo aullaba?

–¿A qué se parecía? –preguntó Henry.

–No pude verlo. Pero tenía cuatro patas y hocico y pelo y parecía un perro cualquiera.

–Puede ser un lobo domesticado, creo yo.

–Pues maldito, sea lo que sea. ¡Viene aquí a la hora de comer y se lleva medio pescado!

Aquella noche, cuando terminaron la cena y se sentaron sobre la caja cuadrangular y sacaron sus pipas, el círculo de ojos relucientes se cerró más que la noche anterior.

–Me gustaría que descubrieran un rebaño de alces o algo así y que se fueran y nos dejaran en paz –dijo Bill.

Henry gruñó con una entonación que no era precisamente de benevolencia, y durante un cuarto de hora se mantuvieron en silencio en la misma posición, Henry mirando el fuego sin pestañear y Bill al círculo de ojos que ardían en la oscuridad justo por encima de la luz de la hoguera.

–Me gustaría que estuviéramos llegando a McGurry ahora mismo –comenzó de nuevo.

–Deja ya de cotorrear y de contarme lo que deseas y lo que temes –exclamó Henry de mal humor–. Tienes acidez de estómago; eso es lo que te pasa. Tómate una cucharada de bicarbonato y te tranquilizarás un poco, y así serás una compañía agradable.

Por la mañana, Henry se levantó al oír una vehemente blasfemia en boca de Bill. Henry se apoyó en un codo y observó a su compañero, que estaba de pie entre los perros junto a la hoguera recién avivada, con los brazos levantados maldiciendo y con el rostro desencajado por la cólera.

–¡Oye! –llamó Henry–. ¿Qué pasa ahora?

–Rana se ha ido –fue la respuesta.

–No.

–Te digo que sí.

Henry retiró las mantas y caminó hacia los perros. Los contó con cuidado de no equivocarse y luego se unió a las maldiciones de su compañero contra los poderes de las Tierras Vírgenes que les habían robado otro perro.

–Rana era el más fuerte del grupo –dijo por fin Bill.

–Y no era un perro tonto –añadió Henry.

Y aquél fue el segundo epitafio en dos días.

Desayunaron apresuradamente y luego engancharon los cuatro perros al trineo. El día fue la repetición de los anteriores, y los hombres avanzaron sin hablar sobre el rostro de aquel mundo helado. Nada rompió el silencio salvo los aullidos de sus perseguidores, que, invisibles, continuaban en retaguardia. Con la llegada de la noche a media tarde, los aullidos se hicieron más cercanos, ya que los perseguidores acechaban según su costumbre; los perros se inquietaron y se asustaron tanto que enredaron las correas y consiguieron deprimir a los dos hombres.

–Así, esto os sujetará, criaturas –dijo Bill con satisfacción aquella noche, erguido frente a los perros al terminar su trabajo.

Henry interrumpió la preparación de la cena para ver lo que hacía su compañero. No sólo había atado a los perros, sino que lo había hecho al estilo indio, con palos. Alrededor del cuello de cada perro había sujetado una correa de cuero. A ésta, y tan cerca del cuello que el perro no llegaba con la dentadura, había atado un palo muy robusto de unos cuatro o cinco pies. El otro extremo del palo estaba anudado firmemente con otra correa a una estaca clavada en el suelo. El perro no podía roer el cuero del extremo más cercano al palo, y el propio palo le impedía acercarse a la otra correa que lo mantenía atado al suelo.

Henry movió la cabeza como signo de aprobación.

–Éste es el único artilugio que podría retener a Una Oreja –dijo–. Es capaz de roer el cuero con la pulcritud de un cuchillo y casi tan rápido. Así estarán todos por la mañana.